

# PAIDEIA

Revista de Filosofía  
y Didáctica Filosófica



### **Mario Pérez Antolín**

Cada cual, con su pesar: el docto, con los límites del conocimiento; el santo, con los instintos pecaminosos; el líder, con la ambición desmedida; y quien más quien menos, con la incomodidad que le produce, habitualmente, su propio ser.

Tantas cosas debieran ser y no son, que uno se pregunta si nunca coincidirán plenamente lo fáctico y lo axiológico.

La gran tergiversación consiste en enunciar el resultado de los juicios valorativos y en prescribir el resultado de los juicios de hecho. La «versatilidad de la razón» no produce juicios transmutables.

Deducir normas de evidencias supone engañar a la lógica. Pero si conjeturásemos en vez de deducir, quizá solucionaríamos la «falacia naturalista», aunque pasando de lo lógico a lo teleológico.

En lo tocante a la racionalidad moral de un código determinado, solo hay que atenerse a un aspecto: la máxima reducción de aquello que resulte dañino para los concernidos, entendiendo por dañino cualquier desarreglo o trastorno de la naturaleza legítima de los partícipes. El mejor precepto siempre es el menos hiriente.

Las certezas no escapan a la interpretación. Es más, la mayoría de ellas nos vienen interpretadas de antemano. Por eso mismo, toda realidad objetiva bascula entre la hermenéutica y la *epistéme*. Un ensamblaje que permite, según los casos, un desmontaje.

Tanto la ausencia total de propiedades como su acumulación absoluta llevan a la inexistencia. Existir requiere tener algo, pero no tenerlo todo.

También la cosmovisión científica tiene su estilo y también la dimensión espiritual tiene su método.

Testar siempre un pensamiento poniéndolo a prueba y poniéndolo en práctica. Crítica y praxis en la base del cuestionamiento y la aplicabilidad.